

Desnudando los silencios

3^a
EDICIÓN

Pilar Lloves Masid



A mi hijo Josué, a Joane y a mis dos soles: Iradi y Aimar.

A Sara, mi hermana, a Alex.

1

Vitoria-Gasteiz, cuatro de abril de dos mil diecisiete.

Sara se acercó al dormitorio de su abuela, sigilosamente abrió la puerta y, al comprobar que seguía dormida, se dirigió al salón para apagar el televisor, no le apetecía ver cómo discutían los colaboradores de uno de esos programas, vociferando, sin respetarse los unos a los otros. Aquel tipo de guiones embaucaban y seducían a los telespectadores, pero a ella no le gustaban nada; pensaba que era demasiado fácil llegar a ser famoso sacando trapos sucios y aireando las vidas privadas de los demás.

Se sentó en el sofá, colocó el ordenador encima de sus piernas y lo encendió. Después de consultar la prensa se dispuso a abrir el correo electrónico; en aquel mismo momento sonó un tenue silbido en su teléfono móvil, tenía un mensaje. Sonrió a ver de quién se trataba y comenzó a leer:

“Hola, mi ángel bonito, ¿cómo estás? Decidí venir a saludar, me desperté temprano no muy largo y estoy teniendo mi café. Quise enviar un pequeño texto, me has traído la felicidad, la alegría y otras cosas maravillosas, estoy muy contento de lo que me refiero”.

Sara sonrió, su amigo James tenía problemas con el idioma, tanto, que a veces no entendía nada de lo que quería

decir, pero se dio cuenta de que le agradaba que alguien que estaba al otro lado del océano se acordara de ella.

Lo conoció mientras trabajaba en Valencia, de eso hacía unos meses. Ella había estudiado Turismo y hecho un Máster en Dirección Hotelera y Restauración; al terminar había encontrado trabajo en una empresa que se dedicaba a gestionar y evaluar los estándares de calidad en los hoteles. Sus amigas le decían que más que ir a trabajar iba de vacaciones, pero no era cierto, aunque disponía de tiempo libre para conocer los lugares a los que viajaba. Su trabajo consistía en hacer un montón de informes, proporcionar información detallada del hotel, comentar la situación, el entorno, el estilo, la decoración de las zonas comunes, su cuidado y mantenimiento, el orden y limpieza de todas las instalaciones, comprobar la eficacia de la gestión que desarrollaban las personas que trabajaban en él, evaluar la comodidad, la amabilidad, la recepción, la atención telefónica de reservas..., en fin, un examen exhaustivo del hotel, de todos los servicios que prestaban y de los que carecían. Sara, debía de comportarse como un cliente más, hasta que al final de la visita pudiera revelar su identidad.

Recordó que el primer contacto con James fue inesperado, aquella tarde hacía demasiado calor y decidió quedarse en los salones del hotel a leer un libro de autoayuda que había comprado aquella misma mañana, el título le había llamado la atención: “Cómo me veo, cómo me ven”. Ella no sabía cómo se veía, y quería volver a reconocerse, ya que, a veces, se sentía una extraña dentro de sí misma. Abstraída en la lectura, no se dio cuenta de que alguien se había colocado a su lado hasta que desvió la mirada. Él le sonrió cortésmente, ella le devolvió la sonrisa y volvió a su lectura, pero le resultaba

imposible concentrarse ya que sentía que aquel hombre no dejaba de observarla y eso la incomodaba. Lo miró disimuladamente, tenía buen aspecto. Calculó que tendría cuarenta y cinco o quizá cincuenta años, parecía alto y bien proporcionado, no tenía mucho pelo, pero lo llevaba cuidado y era del color de la miel. Le pareció atractivo, pero volvió a concentrarse en lo que estaba leyendo: *La empatía, ¿se recibe o se cultiva? Cerró el libro y los ojos, preguntándose por qué no empezaba a abrirse a los demás, por qué seguía defendiéndose siendo tan poco empática.*

Sara regresó al momento presente, ahora, él la llamaba “ángel bonito” y le gustaba. Más tarde le contestaría.

En la bandeja de entrada de su correo electrónico había un montón de mensajes sin abrir, la mayoría de ellos de publicidad; pensó que tenía que crearse otra cuenta solamente para los amigos y cosas más importantes; de pronto, entre todos, uno le resultó tan familiar que, sorprendida, pestañeó unas cuantas veces seguidas antes de abrirlo y comenzar a leer:

“*Hola.*

No sé cuál es tu dirección postal, así que, por este medio, te hago llegar una carta de mi hermano. Comprenderás, que no es de mi agrado hacerlo; pero te la envió escaneada, tal y como me lo ha pedido él”.

Sara, sintió una punzada en el estómago al ver el correo de su ex cuñada colándose de nuevo en su vida como lo hacía mientras estuvo casada con Damián.

Los hermanos habían comprado sendos chalets adosados a las afueras de la ciudad. A Sara, no le hacía demasiada gracia ser la vecina de su cuñada, una mujer que a los ojos de los demás era atractiva, glamurosa y perfecta, sin embargo, era insegura, y muy envidiosa. Sus dos matrimonios frustrados la habían vuelto más rara aún y Sara sabía que a ella

le fastidiaba verlos tan cómplices y enamorados. Cada vez que se encontraba con su hermano lo besaba efusivamente, pero, con ella, siempre se mostraba muy distante. Desde que se habían casado trataba de fiscalizar sus vidas, si algún sábado invitaban a sus amigos a cenar y ella no asistía a la fiesta, al día siguiente ya sabían que iba a llamarles la atención: “Qué bien lo pasasteis ayer, ¿eh? ¡Desde luego!, lo que tengo que aguantar... Con vuestras juergas y risas me habéis despertado unas cuantas veces. No sabéis respetar”. Damián se lo tomaba con humor, pero a Sara le fastidiaba tanto su actitud que llegó a decirle que debía comprarse tapones para los oídos; todavía recordaba la mirada de asesina que le regaló su cuñada. Y no solo eso, también le gustaba ridiculizarla delante de su hermano. Si al hablar se comía alguna palabra, rápidamente y con una sonrisa burlona le decía: “Sara, hija, aprende a hablar bien”. Las únicas peleas y discusiones que tenía con su marido eran porque Damián no se enteraba de lo que ocurría, de los celos que Sara provocaba en su hermana, y en la lucha sin cuartel contra ella, la invasora que le había robado a su querido hermano. Si estaban en el jardín tomando el sol, leyendo o simplemente charlando, solía asomarse por el balcón para, desde arriba, pedirles con voz infantil que le prepararan un café, una infusión o lo que le apetecía en ese momento. “Acógeme, hermanito”, pedía con su cándida voz; Sara odiaba aquella frase, pero a su marido le hacía mucha gracia:” “Venga, amor, ¡no te enfades! Total, qué más nos da..., ella está muy sola y, entiende que es absurdo que pudiendo estar aquí con nosotros se quede en su jardín”. Sara enfadada le respondía: “Pues que se busque unas amigas, un novio o amante pero que nos deje tranquilos” Pero, no conseguía hacerle ver que ella se había casado solo con él.

Inspiró profundamente a la vez que, con cierta inquietud, abrió el documento adjunto. Inmediatamente reconoció la letra de Damián.

“Perdóname, Sara.

Así necesito comenzar esta carta, aunque preferiría decirte esto de forma más directa, mirándote a los ojos, frente a ti.

No sé muy bien cómo comenzar, le he dado mil vueltas antes de escribir y aunque el encabezamiento resume lo que quiero que sepas, desearía poder borrar todo el daño que te he causado.

En mi mente se está librando una durísima batalla en la que se mezclan ideas, recuerdos, proyectos, deseos, y, donde el pasado y el futuro luchan dura y abiertamente. Cuando vence el pasado viene a mí una mirada, un beso, una caricia, una promesa, nuestros sueños, todo bello, maravilloso; pero cuando gana el futuro, afloran dudas, conjeturas, temores... Mi única realidad es que te sigo queriendo, y, a pesar del tiempo transcurrido, te necesito para seguir viviendo.

De ti me enamoré la primera vez que te vi porque antes de conocerte ya te había soñado. Lo sabes, porque infinidad de veces te conté que estaba defraudado de mis anteriores relaciones; sentía que la mayoría de las damas estaban interesadas solo en mi persona como escritor de fama. Pero eso cambió la noche en que te conocí.”

Incapaz de continuar leyendo, Sara apagó el ordenador; inmediatamente lo retiró de sus piernas y lo dejó a un lado del sofá para acurrucarse casi en estado fetal, pasando sus brazos alrededor de sus piernas, apoyando la cabeza en sus rodillas y comenzando a llorar.

Su fortaleza se desmoronaba. Había estado asomada a una depresión de la que se estaba recuperando y, de pronto, su ex marido, del que llevaba más de dos años sin tener

noticias, aparecía dejando en ella un torrente de amargura que creía ya superada.

Diez años había durado su unión. En aquel momento las imágenes de la ruptura pasaron repetidamente por su cabeza una y otra vez, como en una centrifugadora que no podía detenerse, las últimas palabras de Damián, sus gritos, su propia huida y la amargura de los sucesivos días, noches, semanas y meses.

Antes de separarse de su marido, su vida ya se había puesto patas arriba al enterarse de que nada había sido real en su historia. Fue su abuelo, al que siempre llamó “papá”, el que, en su lecho de muerte le confesó la verdad. Una verdad que se le atragantó, y fue Damián quien la calmó, con quien se desahogó y reconfortó, cuando se enteró de la ocultación de su procedencia. Estaba tan enfadada y herida con su familia de origen, que se alejó de todos ellos, refugiándose en su marido.

Vivió un tiempo en estado de shock, no solo por la muerte de su querido abuelo, sino porque la realidad era muy cruda para ella, la mentira parecía estar instalada en su ADN.

Los que creía que eran sus padres eran sus abuelos, su verdadera madre era Raquel, su hermana mayor. Demasiadas mentiras a su alrededor, demasiado caos, y, para rematar todo el dolor que llevaba acumulando, unos meses después se enfrentó a la traición del ser que más quería, su marido.

Para ella, la vida, había dejado de tener sentido. ¿En quién podía confiar, si sus seres más queridos la habían engañado? Pero, ¿quién era Sara para ellos? ¿Se podía querer a alguien y hacerle tanto daño?

—Nena, ¿puedes traerme un vaso de agua? —escuchó pedir a su abuela desde la habitación contigua.

De pronto volvió a la realidad. Se incorporó apoyando las piernas en el suelo, las tenía tan entumecidas, que sintió un molesto hormigueo. Con las manos se enjugó las lágrimas.

—Nena, ¿estás ahí? —insistió la mujer.

—Sí, Mami, ahora voy —consiguió decir con una voz apagada. Cuando Sara descubrió que la que había creído su madre era en realidad su abuela, estuvo un tiempo llamándola por su nombre de pila: Betina; pero en más de una ocasión se quedaba con su nombre atascado en la boca, y permanecía unos segundos en blanco, sin decir nada, no podía llamarla Betina, tampoco abuela, hasta que decidió llamarla como siempre lo había hecho, como todos lo hacían: “Mami”.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Mami, al ver a su nieta con los ojos enrojecidos.

—Nada —respondió apretando los labios tratando de contener el llanto.

—Pues no lo parece... Venga, siéntate a mi lado. —Con su mano palmeó el lado derecho de la cama.

Sara accedió. Mirándola directamente con la luz del atardecer la vio envejecida; el pelo, que todavía era abundante, lo tenía totalmente blanco; los ojos, que en otro tiempo habían sido de un gris expresivo, estaban apagados, sin luz ni brillo, las arrugas del entrecejo marcadas, la nariz afilada, crispadas las comisuras de los labios, y pálido el color de la piel; no se parecía en nada a la mujer vivaz que había sido tiempo atrás.

Cuando Betina se enteró de lo que le había ocurrido a su nieta, y a pesar de que esta había dejado de hablarle, regresó de Benidorm, donde pasaba largas temporadas, para hacerse cargo de Sara. La cuidó, la alimentó, porque ella era incapaz de hacerlo, la ayudó a no caer en el victimismo, le hizo ver que ningún hombre se merecía sus lágrimas y que el desconsuelo

que estaba soportando pasaría. Sin embargo, ahora se habían invertido los papeles, ya que Sara había pasado a ser su cuidadora hasta que se restableciera de la intervención de cadera a la que se había sometido recientemente.

—Dime, ¿qué te ocurre? —quiso saber tomando las manos de su nieta entre las suyas.

—Acabo de recibir un correo electrónico de la hermana de Damián.

—Qué dices, ¿un correo? ¿Para qué te manda ella un correo? ¿Cuándo se ha preocupado por ti? —preguntó, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—No se preocupa por mí, me envía una carta de él a través de su correo. No la he terminado de leer, no he podido hacerlo.

—¡Hijo de mala madre! —profirió Mami, intentando contener su rabia— Y ella, ¿por qué se presta a eso?

—No lo sé, pero ya sabes que siempre han estado muy unidos. —Sara rompió a llorar; su abuela, tratando de consolarla, la abrazó cariñosamente haciendo que se recostara a su lado. La anciana apretó fuertemente los labios sin saber qué podía hacer para terminar de una vez con el sufrimiento de su nieta.

—¿Qué quiere ahora? —preguntó con acritud.

—Realmente no lo sé, pero, ¡ver su letra en el correo electrónico después de tanto tiempo me ha dejado tan impactada! Mi primer impulso ha sido borrarlo, pero mi curiosidad me ha llevado a leer unos párrafos y, la verdad, no sé qué voy a hacer, si seguir leyendo o suprimirlo definitivamente, no lo he hecho por si después me arrepiento, ¿sabes cómo lo encabeza? Con un “perdóname”.

—¿Te pide perdón? ¿Ahora? Cretino atrevido, ¡semejante sinvergüenza! Pedir perdón es fácil, pero, ¿cómo va a reparar todo el daño que te ha hecho? ¿Pone algo de eso? ¿Qué es lo que a hacer para ser merecedor de tu generosidad? —Mami estaba alteradísima, elevando el tono de voz. Sara miró sin ver a su abuela, ¿qué había hecho ella sino callar y ocultarle su propia procedencia, parte de su identidad? —¿No dices nada? Te has quedado muy callada.

—No sé qué decir, siento un enorme vacío y una tristeza infinita.

—Cariño, ¿por qué no borras ese correo definitivamente? A estas alturas ¡qué te importa lo que tenga que decir ese indeseable! En todo caso eso tenía que haberlo dicho mucho antes. Ya ha pasado, ya está..., olvídate de que existe, y no permitas que se cuele en tu vida, cierra esa cuenta de correo y que se vaya a la mierda. —Mami estaba muy contrariada.

—Quizá tengas razón, no sé...

—No quiero que vuelva a hacerte daño. —Mami le acarició una mejilla.

Sara se levantó para encender la luz del dormitorio; una estancia conocida, familiar y mágica, decorada con una cama con dosel, capricho de su abuela, a los lados unas mesitas de madera en tonos claros, llenas de fotos, de figuritas y de recuerdos; las paredes pintadas de blanco roto daban un toque de equilibrio y creaban una atmósfera relajante, cálida y confortable para conciliar el sueño.

—¿Quieres que te ayude a levantarte?

—No quieres seguir hablando, ¿verdad? Bueno, está bien, sí, acércame el bastón.

Sara hizo un gesto de negación, se encontraba tan mal que se bloqueaba. Cuando estaba dolida, no se le daba bien poner palabras a los sentimientos, necesitaba procesar lo que le ocurría para poder expresarse. Ayudó a su abuela a levantarse y la acomodó en el salón frente al televisor; después se dirigió al aseo, descorrió la mampara y se metió en la ducha dejando que el agua resbalara por su piel mientras las lágrimas salían a borbotones sin que pudiera hacer nada por evitarlas. Salió de la ducha, se colocó una toalla alrededor del cuerpo y se enrolló otra a modo de turbante en la cabeza. Mientras contemplaba su triste rostro en el espejo, se preguntó si quería ir a celebrar el cumpleaños de su madre; pero, aunque no le apetecía lo más mínimo tenía que ir. Se cepilló la melena y decidió dejar su pelo suelto, volvió a mirarse; para camuflar su tristeza, se puso un corrector de ojeras, un toque de colorete para realzar sus pómulos, rímel en las pestañas y brillo en los labios. Se dirigió al que seguía siendo su dormitorio, nada había cambiado desde que salió del que había sido su hogar para casarse con Damián. Se vistió de prisa con unos vaqueros, una camiseta blanca y unos cómodos zapatos; consultó su reloj; se estaba haciendo tarde, debía de estar ya en la casa de Raquel, se iba a celebrar su cincuenta y cuatro cumpleaños. Cuando ella nació su madre tenía diecisiete años, era una niña. Sin embargo, ella con treinta y siete se sentía mayor, ¡tan, tan mayor!

—Nena, no te olvides de darle mi regalo a Raquel; coge el sobre que está en la mesilla de mi dormitorio, esta vez no he tenido que romperme la cabeza pensando en regalos, que se compre lo que quiera..., y, ya sabes..., no tengas prisa en regresar, puedo apañarme estupendamente yo sola. —Betina miró a su nieta por encima de las gafas; a pesar de todo lo que

había sufrido los dos últimos años, Sara no había dejado de ser una mujer elegante y guapa. Su cara ovalada, ojos del color de la miel, cabello castaño brillante, largo, y altura superior a la media, hacían de ella una mujer muy atractiva. Ella estaba muy orgullosa de su nena, así la llamaba. Su “nena” era como un cascabel, siempre con una sonrisa en sus labios mostrando dos atractivos hoyuelos en las mejillas; sin embargo, llevaba mucho tiempo parapetada en una melancolía que se reflejaba en su cara, en sus gestos y en su forma de caminar; ella sufría viéndola así, pero no sabía qué hacer para arrancarle esa tristeza, esa pena que se había instalado en su corazón.

—No creo que llegue tarde, pero si me necesitas llámame. —Sara la besó en la frente mientras se abrochaba los botones de su chamarra de cuero.

—No tengas prisa por regresar, diviértete, cariño. ¡Ah! Y diles a Aitana y a Tobías que tengo ganas de verlos, hace más de una semana que no han venido a visitarme.

2

Hacía más frío del que había imaginado, aunque quizá fuera su propio malestar, el dichoso correo la había dejado bastante helada. Abrió el paraguas, una fina lluvia cubría la acera, comenzó a caminar a paso ligero, quince minutos después, se encontraba llamando al timbre de la casa de su madre.

Raquel, abrió la puerta, estilosa como siempre, y delgada, demasiado delgada para su gusto, el pelo color rojizo y liso lo llevaba corto, sus ojos eran tan expresivos y vivaces como los de Sara, y su rostro, a pesar de la edad, apenas tenía arrugas. Vestía unos pantalones negros de fiesta y camisa blanca, muy pocas veces la veía con faldas, parecía que no tenía más ropa, pues lo único que cambiaba eran los colores de los pantalones y de sus camisas.

—Muchas felicidades —dijo mientras le daba dos besos en ambas mejillas.

—Gracias, tienes la cara fría, ¿qué tal está Mami? —le preguntó Raquel.

—Tu madre está bien —dijo rotunda.

—Venga, Sara, ¡déjalo de una vez! —comentó con un mohín de tristeza y abriendo los brazos—; ahórrate los comentarios irónicos. Mira, ¡no sé qué más puedo hacer para que nos sobrepongamos a esto y pasemos página!

—¿Cómo me voy a sobreponer a esto si mis hermanos todavía creen que soy su tía? —dijo Sara bajando el tono de voz.

—Dame una tregua, al menos hoy.

—Tienes razón, perdona..., la verdad es que no tengo buen día.

—¿Qué te ocurre? ¿Estás agobiada atendiendo a Mami? Si es así..., mañana puedo relevarte yo.

—No, ella no me da trabajo, por no molestar a veces intenta levantarse ella sola de la cama, son cosas mías.

En el vestíbulo apareció Tobías, el niño se arrojó cariñosamente en sus brazos mientras le pedía a voz en grito a su madre que le preparara la merienda.

—Pero bueno... ¿qué formas son esas? —preguntó Sara al niño—. Con lo mayor que eres, ¿no sabes prepararte la merienda tú solito?

—No soy mayor, sólo tengo doce años.

—Tienes razón, eres un bebé. —Sara comenzó a hacerle cosquillas.

—No, tía, ¡déjame! —El niño se retorció de risa.

Raquel observaba a sus hijos con expresión sombría en el rostro. Sara tenía razón; debía contarles la verdad. Cogió a Tobías por el hombro y lo llevó a la cocina.

Sara entró en el salón de amplios ventanales que daban, directamente, a una gran terraza desde donde se divisaba el paseo de la Senda, lleno de árboles, y de gente caminando tranquilamente a pesar del desapacible día. Dejó de mirar a la calle y se acercó a la estantería donde reposaban portarretratos con fotos familiares; observándolas, una extraña sensación se adueñó de ella.

Se quedó absorta mirando las fotografías de sus hermanos Aitana y Tobías siendo bebés, las de la comunión de ambos, alguna de Raquel con Nacho, su marido, y la familia de este; ella con unos tres años en brazos de su tía Miriam y de sus abuelos; otra del día de la boda de Raquel con su abuelo posando sonriente a su lado. Observó a su abuelo, su querido abuelo; de pronto, sintió un gran cansancio, haciéndose presente esa enorme angustia que la acompañaba permanentemente.

A su madre no la sentía como tal, para ella siempre había sido su hermana mayor y todavía era incapaz de verla de otra manera, pero, ¿qué sentía realmente por ella? Eso mismo se estaba preguntando cuando a sus espaldas escuchó una voz cantarina:

—¡Tía Sara!

—Hola, cariño. —Se acercó a Aitana y se abrazaron cariñosamente.

La niña acababa de cumplir quince años. A menudo se preguntaba cómo reaccionaría Aitana al enterarse de que no era su tía sino su hermana.

—Qué pronto has llegado —escuchó decir a Miriam, que apareció detrás de ellas—. ¿Qué tal está Mami?

—Mucho mejor —explicó Sara acercándose a ella, fundiéndose ambas en un tierno abrazo.

Sara observó a Miriam, hermana de su madre, con cincuenta y siete años conservaba una belleza serena, el pelo muy corto lo llevaba del color de sus canas, sus ojos, color de miel, como los suyos y los de su madre, vivos y de mirada profunda. Vestía de forma desenfadada porque todavía conservaba una figura atlética gracias al deporte que realizaba a diario. Por ella sentía un gran respeto y cariño, era la que la

mimaba, en la que se refugiaba cuando no quería comer o cuando su abuela la castigaba dejándola sin ir a patinar; sin ver la televisión o sin jugar con sus amigas. Cuando por las noches tenía pesadillas, acudía a su cama se acurrucaba junto a ella y enseguida se quedaba plácidamente dormida. Recordó que el día de su enlace con Damián y mientras Miriam la ayudaba a vestirse de novia, le preguntó por qué, a pesar de tener muchos amigos no se había casado con ninguno de ellos; con una enorme sonrisa, Miriam le respondió que no había aparecido nadie lo suficientemente interesante como para compartir el resto de su vida junto a él, que le daba mucha envidia verla tan feliz y tan enamorada de Damián, y que estaba segura que serían felices toda la vida.

Sin embargo, por pura casualidad, poco tiempo después de la boda coincidieron en el mismo restaurante a las afueras de la ciudad. Lo que jamás hubiera imaginado era que iba a encontrarla con su jefe en una actitud muy cariñosa, en ese mismo momento se dio cuenta de que sí había alguien especial en su vida, pero ese alguien tenía otra familia. Los cuatro se saludaron cordialmente, pero Sara no sabía dónde meterse, ni qué hacer. Sintió mucha pena y se le atragantó la cena porque, además, se enfadó con Damián cuando divertido, y sin dar importancia al encuentro, comentó: “¡Vaya pillada!”.

Días después Miriam la llamó por teléfono, quería sincerarse con ella. Le contó que llevaba muchos años siendo la amante de su jefe, que había intentado dejarlo en muchas ocasiones, pero que estaba perdidamente enamorada de él, que, cada vez que se separaban, él le prometía que todo cambiaría y, con esa ilusión, ella volvía a sus brazos una y otra vez, porque estaba convencida de que solamente tenía que resistir un poco más... Tantas habían sido las veces de